

Zoé de KERANGAT: *Remover cielo y tierra. Las exhumaciones de víctimas del franquismo en los años 70 y 80*, Madrid, Comares, 2023, 297 pp., ISBN: 978-84-1369-646-1.

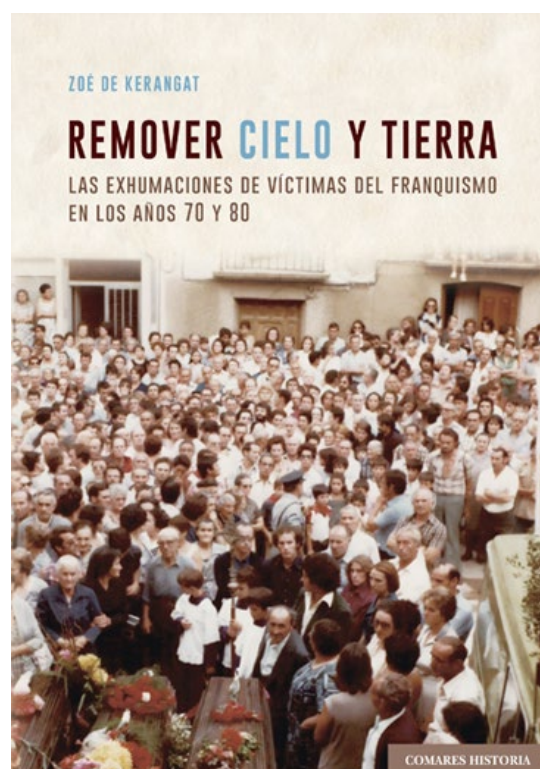
Mariana Stoler
Universidad Autónoma de Madrid / UNED

Las exhumaciones durante la transición: construcción de narrativas alternativas.

En torno a la transición democrática en España y respecto a las exhumaciones de fosas comunes de víctimas de la represión franquista mucho se ha escrito. Zoé de Kerangat propone una mirada que, desde una perspectiva local y desde abajo, pone el ojo en las características políticas y resistentes de las exhumaciones realizadas después de la muerte de Franco cuestionando el mito de una transición pactada o consensuada. A partir de un enfoque específico en los cuerpos y en su tratamiento, ensaya una visión alternativa que busca complejizar el análisis.

Desde una perspectiva local, la autora busca visibilizar un movimiento que disputó —consciente o inconscientemente— la construcción del discurso de verdad y de memoria de la época. Así, intenta desmontar el mito de la transición en torno al pacto de olvido o de silencio, evidenciando que hubo un importante grupo de personas que con sus prácticas desafió ese silencio que se imponía desde arriba. De Kerangat realiza un excelente ejercicio de historización, al mostrar la incertidumbre que toda transición conlleva y cómo las nuevas democracias no se construyen de golpe, sino poco a poco, con la agencia, negociación y movimiento de todos los sectores que las integran.

En este ejercicio, de Kerangat, invita a pensar cómo se construyen las verdades históricas y los discursos hegemónicos a partir del análisis de los procesos de la apertura de fosas que ella considera como contra-discursos o narrativas alternativas. El concienzudo análisis que realiza de las exhumaciones muestra el nacimiento de un discurso y



comunidad memorial en la práctica, en el hacer, más allá de la elaboración o no de proclamas o manifiestos específicos.

En ese hacer, la autora nos propone replantear nuestra concepción de lo político para poder integrar en ella distintos matices y profundidades que tomen en cuenta otro tipo de acciones que pueden ser consideradas desde una óptica tradicional como apolíticas o silenciosas. Eso, creo yo, es una de las mayores apuestas y propuestas del trabajo de de Kerangat: incorporar distintas modalidades de transgresión (sean discursos o acciones) como resistencia, sutil, pero resistencia al fin. Una propuesta sin duda estimulante y pertinente que vuelve a plantear el debate de hasta dónde podemos hablar de resistencia. La base de su propuesta es más que acertada, debemos despojarnos de instrumentos de medición de la resistencia y concentrarnos en qué tiene cada movimiento por sí mismo y en su contexto para contarnos, cómo construye su posición, cómo se relaciona con la posición dominante, cómo la influye y cómo responde esta última a las narrativas alternativas.

En este sentido, la autora realiza una genealogía de las exhumaciones y de los discursos y comunidades de memoria a ellas ligadas, permitiendo al lector observar su gestación y desarrollo durante la transición. Propone una visión flexible de los marcos temporales, analizando la relación entre las distintas fases de las exhumaciones y cuestionando su periodización, ya que no considera que estas sean rígidas o impermeables, sino que existen influencias recíprocas entre ellas. En una memoria de la recuperación de la memoria, se observa un claro diálogo entre todas las fases, una superposición de capas de tiempo, unos procesos de memoria que están entrelazados.

De Kerangat realiza un excelente manejo del material documental con el que trabaja, especialmente de las fotografías y vídeos de las exhumaciones. Para ello adopta diferentes marcos y propuestas teóricas desde Susan Sontag hasta Pierre Bourdieu o Michel Foucault, entre otros.

En esta reconstrucción de una narrativa o discurso alternativo, la autora propone un análisis desde abajo dado, sobre todo, por los archivos y fuentes con los que trabaja, registros que no son públicos ni oficiales. En este sentido, el hecho de que se trate de acontecimientos locales, alejados de los centros espaciales del poder, aporta a esta perspectiva.

La estructura del libro consta de 5 capítulos, una introducción y una conclusión. En el capítulo 1 “Paradojas anatómicas: deshacer y revertir la fragmentación”, la autora propone una interesante analogía entre los cuerpos y los relatos. Partiendo de la idea de que los muertos y la gestión de la muerte tienen importantes consecuencias para los vivos, afirma que las fosas comunes determinaron el lugar de las víctimas en el relato franquista, excluyéndolas de la comunidad de muerte como parte de la fragmentación social generada por la dictadura. En este sentido, las exhumaciones contribuyeron a desarmar o deshacer el relato franquista y sugirieron, o armaron, otros.

Observa que las iniciativas de exhumación generaron la formación de redes que llevaron a una nueva rearticulación de lo social, de las comunidades. No solo se volvía a traer a las personas fusiladas a la comunidad de muerte, sino que, a la vez, se construía una comunidad de víctimas formando una comunidad memorial y una suerte de contra-discurso al visibilizar relatos alternativos frente al silencio dominante.

Estos procesos de construcción de relatos memoriales son los que aprovecha la autora para estudiar los discursos de memoria en un momento clave como la transición. Así, la reversión de la fragmentación social que supusieron las exhumaciones en esta época podría haber operado cambiando el ciclo memorial marcado por el “Pacto de Olvido”.

En el capítulo dos, “Resistencia sutil: de símbolos y palabras”, la autora retoma la idea de las exhumaciones de la transición como un contra-discurso para proponer el concepto de “resistencia sutil”. Es decir, prácticas que iban en contra del discurso hegemónico, pero de una forma discreta, reproduciendo y consensuando ciertas normas culturales y formales, una suerte de adaptación a las posibilidades que ofrecía el momento.

Los procesos de exhumación iban en contra de la continuidad del silencio, pero sin reivindicarlo. Resalta así la incertidumbre propia de los procesos de transición en los que distintos sectores van probando los límites y posibilidades, intentando modificar el margen de lo posible.

En este concepto de “resistencia sutil” la autora enmarca prácticas comunes o cotidianas como la realización de funerales religiosos, la existencia de simbología católica en las lápidas, el vestir luto, entre otras. Y esto es parte de lo que caracteriza la sutileza de la resistencia, prácticas hechas desde abajo, que no quedan inscritas en ningún registro oficial. Lo interesante de la idea de “resistencia sutil” es que encuentra en el contexto histórico mismo los elementos que permiten entender el ejercicio de la resistencia. El riesgo, sin embargo, es ver resistencia o intencionalidad de resistencia en todas las acciones de los individuos. Pueden plantearse dudas sobre si todos los ejemplos de “resistencia sutil” que observa la autora fueron resistencias. No obstante, creo que la propuesta y el trabajo de de Kerangat tienen el gran mérito de obligarnos a pensar, a reflexionar, a considerar todas las posibilidades. Lo cierto es que el poder se ejerce y es respondido también en los eslabones más bajos de la sociedad y con las acciones más sencillas y cotidianas. En este sentido, es posible pensar, junto a la autora, que en el propio hacer estos actores fueron construyéndose a sí mismos como resistentes, más allá de sí se plantearon abierta y conscientemente el intentar horadar con sus prácticas el régimen en el que vivían.

Basándose en el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu, de Kerangat analiza acciones que desde el presente podrían verse como contradictorias con la idea de resistencia (un funeral religioso, el uso de simbología católica, etcétera) y que, a su entender, eran reivindicaciones que buscaban cumplir con costumbres culturales. Lo que

constituía un contra-discurso, como resalta la autora, era sacar los cuerpos de las fosas, evidenciar la amplitud y características de la represión franquista y no tanto la forma o los marcos socioculturales con los que se lo hacía.

Así, las identificaciones inmediatas que se producían en las excavaciones (por objetos, afectiva) constituían una prueba de verdad y volvían a inscribir a los muertos en la comunidad. Especialmente si se las mira desde la óptica de la justicia (tema que sale en las fuentes primarias recogidas por la autora), una justicia moral y no legal que se manifiesta y emerge en el propio hacer. El análisis desde abajo, de lo local, de las prácticas cotidianas, permite percibir la complejidad y riqueza conceptual presente en las exhumaciones de la transición.

En el capítulo tercero, “Cuerpos expuestos. Prácticas del hacer ver” de Kerangat realiza un exquisito análisis de material gráfico (fotografías y vídeos) de las exhumaciones. Se detiene a pensar la representación que estas imágenes supusieron, el registro que conformaron, su circulación y por qué constituyen un contra-discurso.

Considera la producción y existencia de estas imágenes como otra forma de volver a ocupar el espacio público por parte de esta comunidad de vencidos y comunidad memorial. Lo interesante, y relacionado con la “resistencia sutil”, es que estas imágenes son autorrepresentaciones, es decir, fueron producidas por los propios grupos que organizaron las exhumaciones. Estas personas buscaron resignificar los espacios perdidos o negados para ellos durante la dictadura, mostrándolos, usándolos y mostrándose en ellos cómo deseaban hacerlo. El camino desde las fosas comunes al cementerio era una exposición pública clave en este sentido. Podría pensarse en un proceso de auto constitución identitaria o de reivindicación del propio ser.

Las fotografías en sí mismas también son una escenificación, una forma de mostrar lo que uno quiere. En este sentido, el análisis de la autora es realmente interesante cuando remite a una estética *proto-forense* para hablar de una puesta en escena —no sabemos si consciente o no— en la que se enseñaba una disposición de los restos humanos que no obedecía a las reglas de la ciencia forense, pero que contaban algo sobre el pasado aportando pruebas (se amontonaban los restos para enfatizar su cantidad, se señalaban los cráneos, etcétera). Esta forma de mostrar y de capturar imágenes entraba en el diálogo público sobre la memoria que estos agentes querían entablar.

La visibilidad de las exhumaciones de los años 70 y 80 es analizada en el capítulo 4 “Mantener el silencio: mecanismos de contención de la memoria en la transición”. De Kerangat conceptualiza las imágenes de las exhumaciones como clandestinas, por formar parte a la vez y ambigualmente de lo visible y lo invisible. Esta conceptualización, extraña al tratarse de acontecimientos que muchas veces contaban con los permisos de las autoridades, se basa en la escasa circulación y repercusión que tuvieron estas imágenes en el plano nacional. En este sentido, la autora afirma que formaban parte de esta

puesta a prueba que se hacía de los límites de la memoria propia de la incertidumbre de la transición.

Contribuyeron a su invisibilización diversos elementos. Primero, las formas que tomaron las exhumaciones y reinhumaciones (funerales y simbología religiosa, pocos símbolos políticos, etcétera), en otras palabras, el *habitus* y el cumplimiento de costumbres culturales que analizó en el capítulo 2. Segundo, el lugar de enunciación y la conformación del régimen de verdad de esta etapa que no dio lugar a estas imágenes en los medios más importantes de mayor circulación. Tercero, las amenazas directas junto con las instrucciones que las autoridades dictaban para la realización de las exhumaciones y reinhumaciones. Y cuarto, una contención sutil propia del régimen de verdad de la transición, cuyos mecanismos operaron para contener las iniciativas de las exhumaciones para que no se expandieran.

Sin embargo, como afirma la autora, estas imágenes lograron resquebrajar el orden, mostrando las grietas de la transición y demostrando que el “Pacto de Olvido” no se impuso totalmente de forma inmediata, sino que su implementación fue paulatina, estableciendo los límites de memoria de la transición. En este sentido, el hecho de que las exhumaciones se tramitaran e hicieran a nivel local posibilitó ciertos avances, pero facilitó el control directo sobre ellas.

En el último capítulo, “Olas y mareas: cuerpos re-procesados”, la autora analiza las transiciones entre unas fases y otras de las exhumaciones en una suerte de genealogía, observando sus características, evolución y cambios. De Kerangat se detiene en señalar, como en otros capítulos, lo difuso del paso entre una fase y otra, observando cómo proseguía la informalidad en las exhumaciones durante la década de 1990 mientras que, a la vez, se iba desarrollando el cambio de paradigma en la forma de tratar los cuerpos que se denominó “giro forense”. Con este giro, el debate por la memoria histórica en España se convierte en transnacional al colocarse bajo el paradigma de los derechos humanos. Es en este sentido que la autora afirma que el carácter judicial y científico de lo forense vino a ocupar el espacio que debería ocupar la justicia. La ciencia aparece entonces en las exhumaciones de víctimas del franquismo como una fuerte interpelación al Estado.

Este giro cambia también el lugar de la interpelación, del reconocimiento y del lugar de enunciación de verdades. Y este tratamiento de los restos, la participación de profesionales reconocidos, la legitimación y visibilidad que les otorgan a las exhumaciones del siglo XXI, dialoga y revisa las exhumaciones de la transición, habilita otras expectativas, otros relatos y otras nociones de éxito, atravesando la memoria de la memoria. Las consecuencias más claras de este nuevo relato son la dependencia de lo material y la tendencia a individualizar la pérdida, a diferencia de la reconstrucción de lo colectivo evidenciada en las exhumaciones de la transición.

En este nuevo giro comienza el reconocimiento público a quienes llevaron adelante las exhumaciones de la transición, confirmando la entrada de estas últimas en el régimen de lo visible, integrándose, como sostiene la autora, en el ciclo de memoria actual. De ahí el error de ceñirse a una concepción lineal del tiempo en este caso ya que las influencias entre las exhumaciones de la transición y las contemporáneas son mutuas y constantes. Un claro ejemplo de esto es la emergencia en el contexto actual de las fotografías de las exhumaciones de la transición.

La obra concluye resaltando que las nociones de verdad o de cuidados relacionadas con el tratamiento de los cuerpos durante las exhumaciones no son iguales a través del tiempo. En este sentido, la autora subraya cómo la contextualización de las exhumaciones de la transición permite mirar de otra manera las actuales.

El libro incluye gran cantidad de fotografías sobre las que la autora elabora su análisis. La bibliografía es amplia y actualizada. Corresponde resaltar el constante ejercicio de honestidad intelectual de Kerangat al aclarar al lector dónde se posiciona al hablar y cómo construye su mirada y análisis. Por este motivo, *Remover cielo y tierra* puede pensarse también como un libro para público en general interesado en la temática, más allá del importante desarrollo teórico presente a lo largo del trabajo.

Resumiendo, de Kerangat desde una perspectiva desde abajo y local, se pregunta cómo se construyen los regímenes memoriales y de verdad, qué elementos constituyen resistencia y visibiliza otros aspectos de la transición, ya que, como afirma, las víctimas no fueron silenciosas sino silenciadas.